



CONTEMPORÁNEA

*La historia
desde 1776*

Miguel Artola
Manuel Pérez Ledesma

Alianza Editorial

12. La Revolución Rusa

Al igual que la Revolución Francesa o que la posterior Revolución China, la Revolución Rusa representa un hito crucial en la historia contemporánea. A fines del siglo XIX y en la primera década del XX, Rusia era, sin duda, el Estado europeo que mantenía unas estructuras políticas y sociales más arcaicas. Pero el triunfo de la revolución permitió la transformación del país en una potencia industrial en un periodo no superior a los veinte años; además, presentó al mundo unas nuevas formas de organización económica, social y política que en las décadas siguientes despertaron la admiración y el apoyo incondicional de amplios sectores de la clase obrera europea.

Para esos sectores, la revolución había establecido el primer Estado obrero de la historia, y realizado los sueños del socialismo decimonónico; y la inmediata constitución de la Tercera Internacional les permitió mantener viva la esperanza de que tal revolución se extendería en breve plazo al resto del mundo. En cambio, los gobiernos y las clases acomodadas vieron con temor el éxito bolchevique, mientras los partidos socialistas manifestaban su incomodidad ante una revolución cuyos resultados, en especial en el terreno político, les parecían rechazables. Sólo tras la aparición de un enemigo común, los movimientos fascistas y en especial la Alemania nazi, el enfrentamiento dio paso a una alianza entre los Estados capitalistas y la URSS, y a la colaboración de los comunistas con las demás fuerzas opuestas al fascismo. Los Frentes Populares y la participación comunista en la resistencia frente a la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial fueron un fiel reflejo de esta nueva actitud.

1. La Rusia zarista: política y sociedad

A comienzos del siglo XX, el poder político aún estaba concentrado en las manos del zar, «autócrata de todas las Rusias», cuya omnímoda autoridad abarcaba todos los ámbitos del

Estado. El zar gobernaba por decreto, sin que sus decisiones estuvieran controladas por organismos representativos, dirigía la administración civil y militar, tenía el mando supremo del ejército y controlaba las finanzas y la administración de justicia.

En la década de 1860, bajo el mandato del zar Alejandro II, el sector reformista de la burocracia imperial había impulsado un programa de reformas, que se concretó en medidas como la emancipación de los siervos (1861), el establecimiento de asambleas locales de autogobierno (los *zemstvos*), la relajación de la censura o las primeras reformas judiciales; incluso se planteó la redacción de una Constitución. Pero tras el asesinato de Alejandro II (1881), su sucesor, Alejandro III, dio marcha atrás a las reformas, y restableció el gobierno personal del zar y la centralización del poder, al tiempo que se recortaba la autonomía de los *zemstvos* y se reforzaba de nuevo la autoridad de los nobles terratenientes.

El poder del zar se extendía por un enorme imperio que ocupaba una sexta parte de la superficie terrestre del planeta y cuyas fronteras iban desde el Báltico y el mar Negro hasta el océano Pacífico. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, tras un notable crecimiento demográfico en las décadas precedentes, la población superaba los 170 millones de habitantes: de ese total, los rusos sólo representaban en torno al 45 por ciento; el resto eran ucranianos (18 por 100), turcos (11 por 100), polacos (7 por 100), bielorrusos (5 por 100), judíos (4 por 100) y, en proporciones menores, letones y lituanos, alemanes, caucasianos, georgianos, armenios o mongoles. Aunque el régimen zarista intentó reducir las diferencias mediante la exaltación nacionalista de la «gran Rusia» y la imposición de medidas unificadoras (de acuerdo con el principio de «un zar, una fe, un idioma»), sus esfuerzos no alcanzaron resultados definitivos, y la cuestión nacional siguió siendo un foco de conflicto que estallaría en los años de la revolución.



Figura 12.1 El Imperio de los zares en 1914

En el terreno económico, la mayoría de la población —en torno al 85 por 100 en vísperas de la Guerra Mundial— seguía dedicada a las tareas agrícolas. En 1861, el zar Alejandro II decidió abolir la servidumbre y entregar a los campesinos las tierras que cultivaban a cambio de indemnizaciones a los propietarios nobles. Pero estas medidas no permitieron la aparición de una clase de pequeños propietarios agrícolas independientes: de hecho, las tierras pasaron a ser propiedad de la comunidad rural (el *mir*), que periódicamente las distribuía entre sus miembros, de acuerdo con el tamaño de las familias, para su explotación al modo tradicional. El aumento de la población —de 1861 a 1897 se pasó de 50 a 79 millones de campesinos— provocó una escasez cada vez mayor de tierras, y con ella una creciente emigración de campesinos jóvenes a las ciudades, que multiplicaron por cuatro el número de sus habitantes en el medio siglo anterior a la revolución.

A partir de 1906, las nuevas medidas de reforma agraria impulsadas por Stolypin permitieron la conversión de las parcelas comunales en propiedad privada. Pero sólo un pequeño porcentaje de las familias campesinas (en torno a un 15 por 100 entre 1906 y 1917) se benefició de este cambio, dificultado tanto por los retrasos burocráticos como por las resistencias comunitarias al nuevo sistema de propiedad. Las considerables desigualdades económicas no desaparecieron con estas medidas; de ahí la extensión del malestar entre los campesinos, cuya plasmación más visible fueron las reclamaciones de reparto de las propiedades de los nobles y los campesinos ricos, que representaban entre una tercera y una cuarta parte de la tierra cultivable. Los primeros promotores de estas protestas fueron los grupos populistas clandestinos, formados por estudiantes e intelectuales, que a comienzos del siglo XX darían origen a una de las más importantes fuerzas de oposición al zarismo, el *Partido Socialista Revolucionario*.

Las ciudades, por su parte, fueron testigos en el periodo de preguerra de un notable desarrollo industrial, estimulado a fines del siglo XIX por las medidas del ministro de Economía, el conde Witte, que permitieron la entrada de capitales extranjeros —sobre todo franceses, pero también británicos o alemanes— y su inversión en la minería y las industrias metalúrgica, química y textil. Consecuencia de ello fue la aparición de una clase obrera industrial, reducida en número pero altamente concentrada: en torno a tres millones de proletarios trabajaban en ciudades como San Petersburgo o Moscú, o en las regiones industriales del Don o los Urales, la mitad de ellos en empresas con más de 1.000 empleados. Fue en esas concentraciones donde comenzó la actividad reivindicativa: a partir de 1902 se produjeron sucesivas huelgas y protestas masivas, de las que las más importantes tendrían lugar en 1905.

2. La oposición al zarismo

A comienzos de 1905, una marcha pacífica de petición dirigida por un clérigo que había participado en la organización de los primeros grupos obreros legales, el *pope* Gapón, fue duramente reprimida por las tropas delante del Palacio de Invierno. En el «domingo sangriento» (9 de enero) murieron más de 200 manifestantes mientras otros 800 resultaron heridos. El tiroteo contra una multitud indefensa, que reclamaba de rodillas y en actitud suplicante una mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, puso por primera vez en cuestión la imagen tradicional del buen zar, protector de su pueblo, sobre la que se había asentado el régimen durante toda su historia.

Las consecuencias no se hicieron esperar. En el mismo mes de enero, casi cuatrocientos mil trabajadores se declaraban en huelga como protesta por lo acaecido. En los meses siguientes, las protestas se extendieron por todo el territorio ruso. Los campesinos ocuparon muchas propiedades nobiliarias, destruyeron casi tres mil mansiones, crearon sindicatos campesinos y sociedades cooperativas y reclamaron la reforma del sistema de propiedad. En abril, los representantes de los *zemstvos* exigían la convocatoria de una Asamblea Constituyente; y a lo largo de la primavera y el verano la protesta se extendió a las nacionalidades sometidas al poder ruso, en especial a Polonia.

A fines de septiembre y durante el mes de octubre, una huelga iniciada por los trabajadores de las imprentas de San Petersburgo se extendió a Moscú y a otras ciudades, a los empleados del ferrocarril y a las fábricas, tiendas, bancos y hospitales de gran parte de Rusia. Los huelguistas reclamaban el establecimiento de la jornada de ocho horas y diversas reformas laborales, pero también la convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal. En el desarrollo de la protesta desempeñó un papel decisivo una nueva forma de organización, el *soviet* o asamblea de los delegados de los trabajadores de las distintas empresas, creada en San Petersburgo y que pronto se extendió por unas cincuenta ciudades. Aunque en un primer momento sólo pretendía coordinar la acción de los huelguistas, su éxito la convirtió en el instrumento básico de la resistencia popular frente al zarismo; hubo incluso dirigentes de las fuerzas de oposición, como Lenin, que vieron en ella el germen del futuro gobierno obrero.

Enfrentado a esta oleada de protestas, el zar Nicolás II se vio obligado a ceder, al menos en apariencia. El *Manifiesto de octubre*, firmado por él el día 17 de ese mes, concedía libertades civiles y políticas y anunciaba la creación de un organismo representativo, la Duma, con competencias en el terreno de la legislación. Pero como demostraron las normas que regulaban su funcionamiento, aprobadas en abril de 1906, la Duma no contaba con las mismas atribuciones ni tenía el mismo grado de representatividad que los Parlamentos de la Europa occidental: elegida de acuerdo con criterios estamentales, lo que aseguraba el predominio de los representantes de la nobleza, no ejercía ningún control del gobierno ni contaba con más potestad que la de vetar los proyectos de ley presentados por éste. Por su parte, el zar, del que seguía dependiendo el gobierno, podía disolver la Duma en cualquier momento y aprobar decretos de emergencia cuando ésta no estaba reunida. En los años siguientes, la Duma fue disuelta cada vez que el gobierno no contaba con una clara mayoría en ella, de forma que su intervención en la vida política fue muy escasa, al menos hasta la revolución de febrero de 1917.

Además de los distintos sectores liberales, integrados en el *Partido constitucionalista democrático* (KDT), en los acontecimientos de 1905 y en las huelgas de los años siguientes desempeñó un importante papel el *Partido Socialdemócrata*, fundado en 1898 por algunos exiliados rusos defensores de las tesis marxistas. A diferencia de los populistas y sus herederos los socialistas revolucionarios (SR o *eseristas*), los socialdemócratas confiaban en la capacidad revolucionaria del proletariado industrial, y por ello dedicaron sus energías a la organización de los trabajadores urbanos. Ahora bien, la peculiar situación del país dificultaba la aplicación automática de las doctrinas de Marx, lo que provocó intensos debates, hasta llegar a la escisión de los socialdemócratas en 1903. Un sector del partido, los llamados *mencheviques*, intentó organizar un partido de masas similar a los existentes en los países de Europa occidental; y en su planteamiento estratégico, acabó considerando que la re-

volución socialista sería el resultado final de un largo periodo de desarrollo económico y político, durante el cual la clase obrera se convertiría en el sector mayoritario de la población. Frente a ellos, los *bolcheviques*, bajo la dirección de Vladimir Ilich Ulianov, conocido como Lenin, defendían una organización reducida y rígidamente estructurada de «revolucionarios profesionales», al estilo de los grupos de conspiradores decimonónicos, cuya estricta disciplina serviría para hacer frente a los ataques policiales, y también para dirigir los movimientos espontáneos de las masas populares. Tras el fracaso de la revolución de 1905, los bolcheviques atribuyeron al proletariado no sólo el protagonismo de la futura revolución socialista, sino también de la revolución democrática que en Rusia tenía que producirse con anterioridad. A su juicio, dada la debilidad de la burguesía rusa, sólo la clase obrera, aliada con los campesinos, podría impulsar la lucha contra el zarismo y a favor de un sistema democrático; una vez conseguido este cambio, su profundización llevaría por fin al triunfo del socialismo.

En vísperas de la Guerra Mundial, una nueva oleada de huelgas había estallado en el territorio ruso. Pero la movilización general decretada por el zar a comienzos de julio acabó con las protestas. En su lugar, los sentimientos patrióticos se extendieron incluso entre los liberales de la Duma y los socialistas, con excepción de un pequeño grupo que trataba de mantener vivo el espíritu internacionalista y pacifista anterior. Ahora bien, las derrotas de los años siguientes y las crecientes dificultades de abastecimiento en la retaguardia acabaron pronto con el ambiente de exaltación nacionalista de los primeros momentos.

3. Las revoluciones de 1917: de febrero a octubre

En uno de los textos que redactó durante el periodo bélico, *La bancarrota de la II Internacional*, Lenin señalaba que una revolución sólo podría triunfar si previamente se reunían dos tipos de condiciones: unas objetivas, concretadas en una situación de crisis económica y política que dificultara la continuación sin cambios del régimen anterior; y otras subjetivas, reflejadas en la existencia de una clase social organizada y dispuesta a impedir esa continuidad. El papel del partido, tal como Lenin lo concebía, consistía en descubrir el momento oportuno en que tales condiciones se habían producido para colocarse a la cabeza del movimiento revolucionario que, sin su impulso y dirección, corría el peligro de caer en la desorganización y la derrota.

En oposición a la mayoría de los marxistas occidentales, Lenin consideraba que la revolución proletaria no tenía que producirse en primer lugar en los países capitalistas más avanzados, ni debía esperar a que el proletariado se convirtiera en la mayoría de la población. Por el contrario, la revolución podría surgir en un país atrasado, en el «eslabón más débil» del sistema capitalista, donde los conflictos sociales eran más agudos, y la fuerza de la burguesía más fácil de romper como consecuencia de ese mismo retraso. Los acontecimientos rusos de 1917 dieron en parte la razón a estos análisis. Aunque la victoria final no se debió tanto al proletariado industrial, todavía poco numeroso salvo en las grandes ciudades, cuanto a una masa campesina que, al abandonar el ejército y volver a sus lugares de origen para participar en la ocupación y el reparto de las tierras, dejó a los gobiernos sin suficientes recursos militares para hacer frente a la guerra y la ofensiva revolucionaria.

Desde mediados de 1916, los acontecimientos se precipitaron de forma espectacular. El malestar popular, motivado por las sucesivas derrotas del ejército ruso y por el desabastecimiento de bienes de primera necesidad, se manifestó en huelgas y protestas contra la guerra, al tiempo que los sectores de la oposición política moderada representados en la Duma intensificaban sus críticas contra el régimen autocrático. Como respuesta, el zar disolvió la Duma; pero no pudo hacer frente a las protestas contra la subida del precio del pan que estallaron en Petrogrado a finales de febrero de 1917 y a las que acabaron uniéndose las tropas encargadas de reprimirlas. Cinco días de manifestaciones, del 23 al 27 de ese mes, pusieron fin a los tres siglos de dominio de la dinastía Romanov: el 2 de marzo, Nicolás II tuvo que abdicar, dejando el poder en manos de un gobierno provisional. Era el triunfo de una revolución democrática a la que la estructura zarista no fue capaz de oponerse.

El nuevo gobierno, formado fundamentalmente por liberales y demócratas bajo la presidencia del príncipe Lvov, fue el fruto de la negociación de la Duma con el reconstituido Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. El acuerdo incluía entre sus puntos programáticos la concesión inmediata de las libertades de expresión, prensa, reunión y asociación y la preparación de una Asamblea Constituyente, elegida por sufragio universal, con el fin de aprobar una Constitución democrática y definir la futura forma de gobierno del Imperio ruso. Comenzó así un sistema de «doble poder», en el que el Soviet garantizaba su apoyo a las medidas del gobierno, pero a la vez se convertía en el vigilante del cumplimiento de los compromisos adquiridos por éste.

De marzo a octubre, la inestabilidad política y social fue el rasgo dominante de la vida rusa. El gobierno de Lvov y, a partir de julio, un nuevo gobierno presidido por Kerenski, con participación de mencheviques y socialistas revolucionarios, tropezaron con múltiples dificultades en todos los terrenos. La decisión de continuar la guerra contra Alemania sirvió para intensificar el malestar en un ejército desmoralizado y cada vez más desorganizado: la ofensiva militar del verano fue un fracaso, lo que estimuló aún más la protesta de los comités de soldados, enfrentados con los oficiales de origen nobiliario. Durante la primavera, al tiempo que los obreros urbanos imponían la jornada de ocho horas y reclamaban participación en la dirección de las empresas, sin que el gobierno tuviera ningún éxito en sus intentos de conciliación, los campesinos empezaron su propia revolución. Inicialmente se negaron al pago de alquileres a los terratenientes; pero ya en el verano se habían lanzado a la ocupación y distribución de las tierras, y a la creación de *soviets* rurales, en muchos casos con el apoyo de soldados que abandonaban en tropel los frentes de batalla (entre marzo y octubre hubo casi un millón de desertiones). Además, la resistencia de los sectores contrarrevolucionarios no había desaparecido tras la caída del zar. De aquí que en agosto se produjera un intento de golpe de Estado, dirigido por el antiguo comandante militar de San Petersburgo, Kornilov, que sólo pudo ser derrotado gracias a la movilización popular en la ciudad.

Mientras los sucesivos gobiernos intentaban hacer frente a estas dificultades y ganar tiempo hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, los bolcheviques conseguían aumentar con suma rapidez sus apoyos. Desde su vuelta a Rusia, en el mes de abril, Lenin convenció al partido de la necesidad de avanzar en el proceso revolucionario. En su opinión, era necesario pasar de la «primera etapa de la revolución», que había dado el gobierno a la burguesía, a una «segunda etapa, que debía poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado» (*Tesis de abril*); es decir, había que sustituir la

república democrática existente por una dictadura revolucionaria ejercida por los *soviets*, y que incluiría entre sus objetivos la expropiación de las grandes propiedades agrícolas, el control de la industria y los bancos, y el establecimiento de la paz. Todo lo cual quedó reflejado en la consigna bolchevique, de éxito inmediato, de «Paz, tierra y todo el poder a los *soviets*».

Aunque un conato insurreccional impulsado por marineros y soldados bolcheviques el día 3 de julio se saldó con la derrota y la represión, la participación de las restantes organizaciones socialistas en el gobierno presidido por Kerenski permitió a los bolcheviques convertirse en el único partido defensor del gobierno de los *soviets*. Para el triunfo de ese objetivo era necesaria una insurrección armada. De acuerdo con las previsiones de Lenin, y a pesar de las resistencias de algunos líderes moderados del partido, el alzamiento debía coincidir con la celebración del Segundo Congreso de los *Soviets*, los días 24 y 25 de octubre (según el calendario ruso). El día 24 por la noche, grupos armados de obreros y soldados se adueñaron de los principales edificios públicos de Petrogrado, y en la tarde del día siguiente bombardearon y ocuparon el Palacio de Invierno, derrotando al gobierno provisional. De acuerdo con los datos recogidos por Trotski, en estas acciones participaron entre 25.000 y 30.000 personas, mientras el resto de la población seguía su vida normal; y la violencia fue muy limitada, en parte por falta de resistencia de las fuerzas que defendían el palacio.

Cuando comenzaron las sesiones del Congreso Pan-Ruso de los *Soviets*, en el que los bolcheviques contaban con casi la mitad de los delegados, la resistencia al golpe militar fue muy escasa: mencheviques y eseristas abandonaron la reunión en protesta por el bombardeo, mientras el resto de los asistentes aprobaba la creación de un nuevo gobierno, o *Consejo de Comisarios del Pueblo*, formado únicamente por bolcheviques. El Consejo, con el que se ponía fin a la situación anterior de doble poder, estaba presidido por Lenin y en sus puestos cruciales figuraban destacados miembros del partido, como Liev Davidovich Bronstein, conocido como Trotski, o Josef Stalin.

Los decretos iniciales del nuevo gobierno se referían a los temas más urgentes y debatidos a lo largo del año. Defendía el primero de ellos «una paz inmediata, sin anexiones ni indemnizaciones»; y, mientras se celebraban las negociaciones para conseguirla, proponía la firma de un armisticio con las tropas alemanas para detener los enfrentamientos bélicos. Un segundo decreto legalizó las ocupaciones y repartos de tierras realizados durante el verano, al tiempo que regulaba la incautación de los dominios de la Corona, la nobleza y la Iglesia y su distribución entre los campesinos. En las empresas industriales, igualmente incautadas a sus propietarios, el tercero de esos decretos establecía el *control obrero* del proceso productivo. El decreto sobre las nacionalidades, cuyo objetivo era acabar con la política imperial de unificación y centralización del Imperio ruso, reconocía la igualdad y soberanía de todos los pueblos que formaban el Estado, e incluso el derecho de autodeterminación de los mismos. La confiscación de las riquezas de los sectores acomodados y la ocupación de sus viviendas, así como la limitación del uso de sus cuentas bancarias; la separación de la Iglesia y el Estado y la confiscación de las propiedades eclesiásticas; la nacionalización de los bancos, los ferrocarriles, el comercio interior y exterior y la gran industria; la creación de Tribunales populares para juzgar a los agentes contrarrevolucionarios, y la formación de un Ejército Rojo fueron otras medidas legales adoptadas por el nuevo poder bolchevique en las primeras semanas posteriores a la toma del poder.

4. La guerra civil y la organización del sistema soviético

Una vez asentados en el poder, los problemas con los que se enfrentaban los bolcheviques eran fundamentalmente cuatro: acabar con la participación rusa en la guerra europea; combatir a los núcleos contrarrevolucionarios y a los sectores obreros disidentes; organizar el Estado y la vida política; e impulsar la reconstrucción económica del país, tras largos años de conflictos bélicos. Todas estas cuestiones se entrecruzaron en los años 1918-1921, dificultando el funcionamiento del nuevo régimen, que sólo en los años veinte conseguiría asentarse con solidez.

Las negociaciones para una paz separada con Alemania comenzaron en diciembre del mismo año de 1917. Tras superar múltiples dificultades, en marzo de 1918 se firmó el *Tratado de Brest-Litovsk*, en el que el gobierno ruso acabó cediendo ante las fuertes exigencias territoriales alemanas. Rusia perdía Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia, Polonia y Ucrania; es decir, unos 800.000 km², en los que habitaba un tercio de la antigua población imperial. Desde el punto de vista económico, las pérdidas ascendían a casi una tercera parte de las tierras de cultivo, a más de la mitad de las empresas industriales y al 90 por 100 de las minas de carbón. La firma del Tratado provocó fuertes tensiones entre los dirigentes bolcheviques, resueltas por la enérgica intervención de Lenin; también dio origen a un enfren-



Figura 12.2 Rusia después del Tratado de Brest-Litovsk, 1918

tamiento con el sector de izquierda del Partido Socialista Revolucionario, cuyos líderes abandonaron el gobierno soviético del que habían formado parte desde diciembre de 1917 en protesta contra esa «paz vergonzosa».

El acuerdo con Alemania no significó, de todas formas, el establecimiento de la paz. Los antiguos aliados occidentales de Rusia, descontentos ante la revolución y la paz unilateral, ocuparon zonas del norte y el sur del territorio ruso, y ayudaron con dinero y armas a los ejércitos *blancos* que algunos generales zaristas estaban organizando para enfrentarse al poder bolchevique. Tras casi tres años de guerra civil, en los que las fuerzas dirigidas por Kolchak o Denikin atacaron al poder soviético desde el sur y el este, sólo en abril de 1920 el Ejército Rojo, organizado por Trotski, logró derrotar a las últimas tropas contrarrevolucionarias, capitaneadas por el general Wrangel.

Más que los factores militares —la superioridad numérica de las tropas bolcheviques, o su control de la industria y los ferrocarriles— o estratégicos —el fracaso de la ofensiva

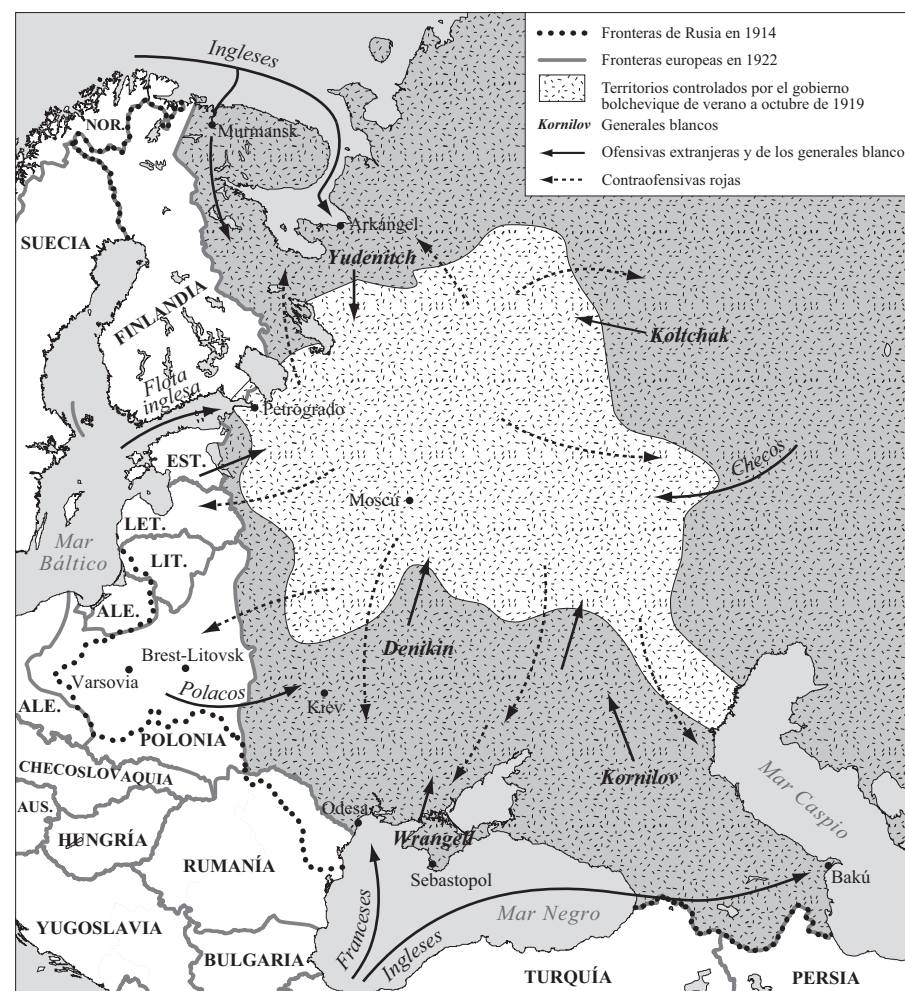


Figura 12.3 Guerra civil e intervención extranjera en Rusia, 1917-1921

de los ejércitos blancos contra Moscú—, en la victoria final desempeñaron un papel decisivo los factores políticos. De hecho, los dirigentes contrarrevolucionarios, a los que se atribuía la intención de restablecer el zarismo, no lograron el apoyo de la mayoría de la población. En especial, tropezaron con la oposición de los campesinos, que temían que su triunfo trajera consigo la devolución a los antiguos propietarios de las tierras que acababan de conseguir, y que por ello acabaron apoyando a los bolcheviques. Ahora bien, tras la victoria definitiva, el Gobierno se encontró con un país devastado, cuya capacidad productiva era muy inferior a la que se había alcanzado antes del comienzo de la Guerra Mundial.

Además de la contrarrevolución y los enemigos exteriores, también las otras organizaciones obreras se enfrentaron en estos años a la política bolchevique. Las elecciones a la Asamblea Constituyente, celebradas a fines de 1917, otorgaron el triunfo a los socialistas revolucionarios, que consiguieron unos dieciséis millones de votos y la mayoría de los diputados (410, de un total de 707) gracias al apoyo de los campesinos; en cambio, los bolcheviques, a pesar de que acababan de adueñarse del poder, no llegaron a diez millones de votos y sólo lograron algo menos de la cuarta parte de los escaños (175). Liberales y mencheviques conseguían, por su parte, resultados muy inferiores. En la sesión de apertura, el día 5 de enero, la mayoría de los delegados rechazó una «Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador» presentada por los bolcheviques (que pocos días después sería, en cambio, aprobada por el Tercer Congreso de los Soviets). En respuesta, el gobierno declaró «contrarrevolucionaria» a la Asamblea y la disolvió por la fuerza.

En el verano, las tropas bolcheviques liquidaron la insurrección planeada por la izquierda *eserista* en protesta contra el tratado de paz con Alemania, y en octubre derrotaron al sector mayoritario de los socialistas revolucionarios que había constituido en Samara un gobierno alternativo al bolchevique (el *Komuch*) y pretendía reunir de nuevo la Asamblea Constituyente como medio para el restablecimiento de la democracia. Para hacer frente a las actitudes de oposición, en especial tras el atentado contra Lenin del mes de agosto, el gobierno bolchevique puso en marcha el terror rojo, que se cobraría miles de vidas en los años de la guerra civil (hasta 300.000, según algunos cálculos). Por fin, desde 1920, tras la victoria bolchevique en la guerra civil, las organizaciones mencheviques y socialistas revolucionarias dejaron de ser toleradas y sus reuniones quedaron rigurosamente prohibidas.

La nueva organización del Estado se llevó a cabo, por consiguiente, bajo el poder cada vez más excluyente del Partido Bolchevique (que en marzo de 1918 comenzó a llamarse Partido Comunista). La Constitución de la República Rusa, aprobada en julio de 1918, tenía un carácter notablemente distinto al de los textos constitucionales de Europa occidental. En lugar de reconocer iguales derechos para todos los ciudadanos, la doctrina leninista de la dictadura del proletariado se plasmaba en una clara diferenciación entre los derechos de los trabajadores —la Constitución iba precedida por la ya mencionada *Declaración de Derechos del Pueblo trabajador y explotado*— y la limitación o ausencia de derechos para las clases dominantes del periodo anterior a la revolución. En concreto, sólo se reconocía el derecho de voto a quienes se ganaban la vida con un trabajo productivo y no explotaban a otros trabajadores, así como a los soldados y marineros; y se privaba expresamente del sufragio a los comerciantes, antiguos propietarios de tierras, monjas, clérigos, burgueses y antiguos funcionarios o miembros de los cuerpos de seguridad zaristas.

La segunda diferencia fundamental con las constituciones liberales se refería a la organización del poder, puesto que la fórmula tradicional de división de poderes fue sustituida

por la concentración de poderes en una estructura piramidal. En el centro de esa estructura se encontraba el Congreso de los Soviets, formado por representantes de los *soviets* locales, y que se reuniría dos veces al año; pero buena parte de sus funciones estaban delegadas en un órgano más reducido, el *Comité Central Ejecutivo de los Soviets*, que era el que elegía y ante el que tenía que rendir cuentas el Gobierno o *Consejo de Comisarios del Pueblo*.

En los territorios ocupados durante la guerra civil por los ejércitos blancos, tras la derrota de éstos se crearon, a su vez, *Repúblicas soviéticas*, cuyas Constituciones estaban calcadas del modelo de la República rusa. El final de este proceso organizativo fue la creación, en 1922, de la *Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)*, cuyo texto constitucional, aprobado en enero de 1924, establecía un régimen federal para el territorio de la URSS, reflejado en la división en dos cámaras —el *Soviet de la Unión* y el *Soviet de las Nacionalidades*— del Comité Central Ejecutivo de los Soviets. No todas las repúblicas gozaban, según este texto, del mismo grado de autonomía: mientras unas eran repúblicas federales, y disfrutaban de un amplio grado de autogobierno, otras eran sólo *repúblicas autónomas*, y por ello el margen de acción de sus autoridades era menor.

Al margen de los textos constitucionales, la existencia de un único partido, el comunista, otorgaba a éste el monopolio del poder en todo el territorio de la URSS. En las elecciones para los *soviets*, sólo se presentaba una lista elaborada por él, de forma que no se podía intervenir en la vida política más que a través de la militancia en el mismo. De aquí el rápido crecimiento en el número de sus afiliados —casi millón y medio entre 1917 y 1921— y la creciente confluencia entre los cargos del partido y los puestos en la Administración. A ello hay que añadir que tras los debates de los primeros años de la revolución, el Congreso del Partido Comunista celebrado en 1921 decidió acabar con los grupos disidentes, como la *Oposición Obrera* o los *Centralistas Democráticos*, prohibiendo la organización de tendencias en el seno del partido. Comenzaba así un monolitismo político que, a pesar de las críticas a que lo sometió el propio Lenin en sus últimos escritos, no dejaría de incrementarse en los años siguientes, hasta desembocar en el rígido autoritarismo del periodo estalinista.

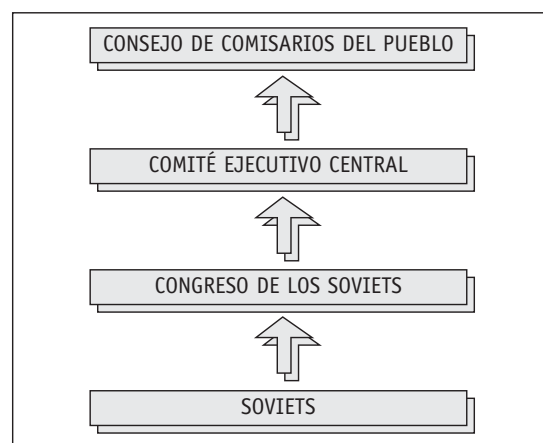


Figura 12.4 Constitución de la República Rusa, 1918

La Constitución de 1918 confería la autoridad suprema a un *Congreso Panruso de los Soviets*, compuesto por delegados de los soviets locales (elegidos con un sistema que primaba la representación de los soviets urbanos respecto a los rurales). El máximo poder entre congresos residía en un *Comité Ejecutivo Central* Panruso permanente, elegido por el congreso. Este comité nombraba a un *Consejo de Comisarios del Pueblo* (gobierno), con el que se repartía las funciones políticas. La Constitución de 1924 repitió el mismo esquema, pero incorporando la estructura federal, con lo que el soberano *Congreso de los Soviets de la Unión* lo formaban delegados de los congresos de los soviets de las diversas repúblicas de la URSS.



Figura 12.5 División administrativa de la URSS, 1924

5. Del comunismo de guerra a la NEP

En 1918, la economía rusa se encontraba sumida en una profunda crisis, debida tanto a la devastación provocada por la guerra civil como a las dificultades para la distribución y el intercambio de productos. En respuesta a la inflación y la menor disponibilidad de bienes de consumo, los campesinos redujeron la comercialización de sus excedentes productivos; de ahí que en las ciudades se viviera una situación de desabastecimiento y carestía, cuyas consecuencias fueron la caída de los salarios reales de los trabajadores, el abandono de las ciudades y el desarrollo del mercado negro.

Para hacer frente a esa situación, las medidas adoptadas por los bolcheviques en el periodo de *comunismo de guerra* (1918-1920) tenían como objetivos prioritarios la reorganización de la industria y el aumento de la producción y comercialización de bienes alimenticios. En 1918 se crearon *brigadas de choque* para requisar por la fuerza los excedentes de grano de los campesinos medios; pero el escaso éxito de las requisas llevó a las primeras medidas de colectivización de las propiedades agrarias, que sustituyeron al reparto de las tierras entre los campesinos de los momentos iniciales de la revolución. También en la industria se dio marcha atrás a las primeras medidas revolucionarias: dados los malos resultados del *control obrero*, el decreto de nacionalización aprobado en junio estableció el control estatal de las empresas y la gestión de las mismas por el aparato del partido, con el fin de restablecer la disciplina laboral y aumentar la producción.

Tras el éxito del Ejército Rojo en la guerra civil, Trotski propuso organizar también las actividades económicas de acuerdo con pautas militares. De hecho, la industria pesada, la minería y la construcción de ferrocarriles quedaron sometidas a la ley marcial, lo que trajo consigo el establecimiento de una rígida disciplina en los talleres, e incluso el fusilamiento de obreros absentistas. El mismo Trotski intentó acabar con la autonomía de los sindicatos y convertirlos en agentes del poder estatal, lo que provocó la oposición de los sectores obreristas del partido, sólo superada tras la intervención mediadora de Lenin.

Pero estas medidas de urgencia no resolvieron los problemas económicos, como lo demuestra el hecho de que en 1920 la producción industrial era sólo una quinta parte de la de 1913. Además, al año siguiente la producción agrícola seguía siendo insuficiente, e incluso se extendió el hambre por amplias zonas de Rusia. El malestar campesino ante las requisas y las amenazas de colectivización desembocó en enfrentamientos militares en algunas provincias de Rusia central o en Siberia occidental: en esta última zona, bandas de campesinos armados atacaron las oficinas del partido y las granjas colectivas al tiempo que suspendían el envío de grano a las ciudades y defendían la autonomía de las comunidades rurales («¡Poder soviético sin los comunistas!»).

Las huelgas obreras de febrero de 1921 en Moscú y Petrogrado, contra la escasez de alimentos y las nuevas formas de disciplina, enlazaron con la sublevación de los marineros de Kronstadt, antes considerados como héroes de la revolución, que además de solidarizarse con los huelguistas reclamaban el fin del monopolio del poder por los bolcheviques y la celebración de elecciones libres con participación de todos los partidos obreros. Sólo a mediados de marzo se consiguió la rendición de los marineros, seguida por una durísima represión, con más de dos mil fusilados. Y únicamente en el verano el agotamiento y las medidas represivas pusieron fin a las revueltas campesinas.

En todo caso, las protestas obligaron finalmente a los dirigentes bolcheviques a un cambio en la política económica, cuyo rasgo básico fue el reconocimiento de la iniciativa privada como elemento decisivo en las tareas de reconstrucción. Con la *Nueva Política Económica (NEP)* desaparecieron las requisas de los excedentes de la cosecha, sustituidas por un impuesto en especie, a la vez que se permitía a los campesinos la venta en el mercado libre del resto de su producción. Al mismo tiempo, se desnacionalizaron las pequeñas y medianas industrias y se otorgó libertad para el comercio interior. Quedaba, por supuesto, un amplio sector estatal, integrado por la gran industria, los transportes, la banca y el comercio exterior, al que se trató de hacer rentable utilizando métodos capitalistas, como el establecimiento de diferencias salariales en función de la productividad o la fusión de empresas para mejorar sus resultados.

De este conjunto de medidas se beneficiaron sobre todo los campesinos ricos (los *kulaks*), los intermediarios y los pequeños empresarios industriales; es decir, los denominados «hombres de la NEP» (*nepmani*). Aunque también repercutieron favorablemente en el resto de la población: mejoró el abastecimiento de las ciudades, hubo un notable incremento de la producción de bienes industriales, de forma que en 1927 se llegó por fin al nivel de preguerra, y gracias a ello fueron posibles las subidas salariales y la creación de nuevos puestos de trabajo. Pero desde el punto de vista doctrinal, la NEP significaba un retroceso, reflejado en el aumento del paro y de las desigualdades sociales. Para los bolcheviques más rigurosos, se trataba de una vuelta al capitalismo, que el propio Lenin tuvo que explicar en uno de sus escritos afirmando que «en relación a la Edad Media en que todavía se encuentra Rusia, el capitalismo es un bien».

6. El triunfo de Stalin. La transformación económica de la URSS

En los dos últimos años de su vida, cuando ya estaba retirado de la actividad política inmediata, Lenin formuló en diversos textos duras críticas a la situación social y política que él mismo había contribuido decisivamente a crear. En especial, le inquietaba el creciente predominio de la burocracia en el partido y en el Estado («Nuestro Estado es un Estado obrero que presenta una deformación burocrática»); pero también estaba preocupado por su sucesión y por las tendencias autoritarias del secretario general del PCUS, Josef Stalin (que a su juicio «había acumulado un poder ilimitado en sus manos, y no estoy seguro de que siempre sabrá cómo utilizar este poder con la suficiente precaución»), hasta el punto de solicitar en su testamento que fuera sustituido por otra persona. El problema era que el otro gran candidato, León Trotski, tampoco gozaba de toda su simpatía. Aparte de que, a pesar de su mayor competencia, Trotski no tenía fuertes apoyos en el partido, en el que no entró hasta 1917, y sus actitudes posteriores le habían enfrentado a la vieja guardia bolchevique.

En tal situación, no es de extrañar que, tras la muerte de Lenin en enero de 1924, se desatara una dura lucha por la sucesión, en la que finalmente Stalin consiguió hacerse con el pleno control del PCUS y del Estado soviético. Los enfrentamientos no tenían sólo un carácter personal, sino que también estaban en juego opiniones políticas claramente opuestas. Trotski era el máximo defensor de la idea de que el socialismo no podía triunfar en un país aislado y atrasado como Rusia, y por ello defendía la necesidad de extender la revolución al resto del mundo; pero Stalin consiguió que triunfara una tesis alternativa, favorable a la

inmediata construcción del socialismo en la URSS, sin esperar a su triunfo en otros Estados europeos (el *socialismo en un solo país*).

Un segundo tema de discrepancia se refería a la situación económica rusa y, en concreto, al mantenimiento o la supresión de la NEP. Trotski, con el apoyo de dos dirigentes de la vieja guardia, Zinoviev y Kamenev, se lanzó en 1925 a una dura crítica contra el «capitalismo de Estado» y el creciente enriquecimiento de los *kulaks* y los empresarios industriales; a su juicio, para acelerar la industrialización del país era necesario acabar con el sector agrario capitalista y sustituirlo por la colectivización de la tierra. En cambio, Stalin, apoyado en estos momentos por Bujarin, defendió durante varios años la pervivencia de la NEP en el campo —combinada con la planificación de la industria— como forma de obtener excedentes agrícolas para alimentar a la población urbana, ya que la producción de las granjas estatales y las cooperativas campesinas era aún insuficiente.

Resultado de estas polémicas, y de la correspondiente lucha por el poder, fue la expulsión del partido de Trotski, Zinoviev y Kamenev, junto con centenares de sus seguidores, acordada en 1927. Con ello Stalin tenía ya en sus manos la plenitud del poder. La utilizó de una forma inesperada: tras las malas cosechas de 1927 y 1928, y la crisis correspondiente en el abastecimiento de las ciudades, decidió abandonar sus planteamientos anteriores para lanzar al país a un proceso de cambio económico brusco y coactivo, cuyos dos componentes fundamentales fueron la colectivización de las tierras y una rápida industrialización a través de los planes quinquenales.

Ambos aspectos de la nueva política eran complementarios. Para que la industria pudiera desarrollarse con rapidez, se requería un considerable aumento de la productividad agrícola con el fin de alimentar a una clase obrera cada vez más numerosa, y a la vez de liberar mano de obra para las tareas industriales; pero este objetivo no parecía alcanzable mientras las tierras estuvieran muy repartidas y se mantuvieran las técnicas productivas tradicionales y lo que desde el poder se consideraba un consumo elevado por parte de los campesinos. De ahí la imposición de nuevas requisas de grano y de medidas colectivizadoras, que llevaron a cabo con gran intensidad las *brigadas de choque* formadas por jóvenes voluntarios procedentes de las fábricas o del partido («los 25.000»). Fueron ellos quienes obligaron a los campesinos a integrarse, de grado o por fuerza, en explotaciones colectivas o *koljoses*, al tiempo que expropiaban a los *kulaks* de sus propiedades.

Las resistencias campesinas alcanzaron una gran intensidad: en 1930 hubo disturbios campesinos en muchas aldeas rusas, y revueltas en zonas no rusas de la Unión Soviética; y también otras formas menos organizadas de protesta, como quemar cosechas o matanzas del ganado. El poder soviético reaccionó deportando a Siberia a cientos de miles de familias campesinas. En 1932-1933, a consecuencia de las requisas y los ataques a los *kulaks*, entre cuatro y cinco millones de personas murieron víctimas del hambre. La producción agrícola, que al final de la NEP había recuperado el nivel anterior a la Guerra Mundial, volvió a caer en la década de 1930. Pero las requisas permitieron una mejora del suministro de alimentos a las ciudades, condición necesaria para el crecimiento de la industria. Al final de la década, la casi totalidad de las tierras cultivadas de la URSS estaba en manos de los *koljoses* o de empresas agrícolas de propiedad estatal (*sovjoses*); unos treinta millones de habitantes de las zonas rurales habían pasado a las ciudades, donde ocupaban puestos en la industria y los servicios; y aunque la producción del sector agrícola no se había incrementado de forma considerable, el control esta-

tal sobre los excedentes sirvió para acabar con el racionamiento y mejorar la dieta de la población.

El proceso de industrialización, por su parte, se realizó sobre bases considerablemente distintas a aquellas en que se apoyó el desarrollo industrial en los países capitalistas. En éstos fue la producción de bienes de consumo inmediato, en especial del sector textil, la que actuó como motor del proceso, de forma que sólo en una fase más avanzada se intensificó la producción de maquinaria y bienes de capital para hacer frente a la demanda de las industrias de bienes de consumo. Por el contrario, en la URSS desde el primer momento se otorgó absoluta prioridad a la industria pesada, con el fin de suministrar maquinaria y bienes de equipo para un posterior desarrollo de la producción de bienes de consumo directo. Se sacrificaba así el consumo inmediato de la población en favor de un aumento rápido de la capacidad industrial. Pero ello sólo pudo conseguirse gracias a que las decisiones económicas no dependían de iniciativas individuales, sino de medidas estatales, adoptadas por un departamento administrativo, el *Gosplan*, al que se encargó la elaboración de los planes de producción que todas las empresas estaban obligadas a cumplir.

El primer plan quinquenal, correspondiente al periodo 1929-1933, se propuso como objetivos básicos multiplicar por tres la industria pesada y por cinco la electrificación de Rusia, y para ello impulsó la creación de empresas industriales en las regiones orientales del territorio soviético. Aunque no se alcanzaron en su totalidad los resultados previstos, las estadísticas oficiales señalaron que en esos cinco años se había multiplicado por dos la producción de hierro y carbón, y por cinco la de electricidad, al tiempo que se había creado una industria química y abierto nuevas vías de transporte, sobre todo ferroviario. Ahora bien, es muy probable que los datos estuvieran hinchados, y con mucha frecuencia la producción era de escasa calidad.

De 1934 a 1938, un segundo plan pretendía continuar el desarrollo de la industria pesada, agrupar en grandes *kombinats* industriales las fábricas cuya producción era complementaria, y duplicar la producción industrial en su conjunto. Un tercer plan, aprobado en 1938 y cuyo objetivo máximo era «concluir la edificación de la sociedad socialista sin clases y comenzar el proceso gradual del socialismo al comunismo», estaba dirigido a la industria química y la industria ligera; pero la amenaza de guerra, y finalmente la participación soviética en el conflicto mundial, obligaron a alterar sustancialmente las previsiones del mismo.

Para alcanzar los objetivos marcados por la planificación fueron necesarios grandes sacrificios por parte de la población rusa, cuyo nivel de consumo se vio restringido mientras aumentaban considerablemente las exigencias productivas. De aquí la mezcla de medidas represivas y persuasivas que el régimen estalinista se vio obligado a emplear. Por un lado, se prohibieron las huelgas y las reclamaciones sindicales sobre los salarios o las jornadas de trabajo, mientras todo incumplimiento de los planes era condenado como sabotaje y duramente castigado. Pero, además, el partido y los *soviets* impulsaron formas de emulación socialista, con el fin de aumentar la productividad. El mecanismo utilizado con más frecuencia a partir de 1935 fue la creación de *brigadas estajanovistas*, cuyo nombre procedía de un minero, Alexei Stajanov, que en esa fecha consiguió extraer en una jornada de seis horas 102 toneladas de carbón, lo que suponía multiplicar por catorce la cantidad fijada por su empresa de acuerdo con las previsiones del plan.

Gracias a estos esfuerzos, en diez años la estructura social soviética había cambiado sustancialmente. La población rural disminuyó en porcentaje —del 82 por 100 en 1926 al 67 por 100 en 1939— y también en cifras absolutas, mientras crecía considerablemente la clase obrera industrial. Los salarios de los trabajadores urbanos se elevaron, al tiempo que mejoraban sus condiciones de vida gracias al desarrollo de los organismos de salud pública y al abaramiento de las viviendas. Pero no todos los trabajadores se beneficiaron por igual de estos avances: con el fin de estimular la cualificación obrera, los niveles salariales se diversificaron cada vez en mayor grado, en contra de las posiciones igualitaristas de muchos viejos bolcheviques, lo que benefició a los obreros más cualificados y a los capataces o ingenieros técnicos. Por fin, surgió una nueva capa social dirigente, formada por funcionarios del partido, del Estado o de los organismos económicos, cuyo nivel de ingresos se distanciaba cada vez más del de la mayoría de los campesinos, los obreros y los empleados urbanos.

7. La evolución política

En la vida política durante el periodo estalinista se observan fácilmente dos caras contrapuestas: mientras un nuevo texto constitucional, aprobado en 1936, anunciaba una mayor democratización del régimen, la práctica gubernativa se dirigía hacia el control más absoluto de la población, como pusieron de manifiesto con todo dramatismo las purgas de los años 1936-1938.

El nuevo planteamiento constitucional se basaba en la idea de que, una vez liquidado el capitalismo e implantada en su lugar una economía socialista, eran ya innecesarias las restricciones políticas de la década anterior. De aquí que en la nueva Constitución se aceptara el sufragio universal, igual, directo y secreto; aunque sólo se permitía presentar candidaturas a las instituciones estatales, en especial al Partido Comunista, el único reconocido por la ley. De la misma forma, se incluyeron en el texto constitucional algunas libertades políticas —libertad de conciencia, de expresión, de prensa, de asociación y reunión—, con la salvedad de que no podían utilizarse para atacar la propiedad socialista; e incluso se admitía la propiedad privada individual y la práctica de la herencia, pero excluyendo de tal aceptación los medios de producción que habían sido socializados. El cambio de actitud se reflejó, por fin, en el abandono de la expresión *dictadura del proletariado*, sustituida ahora por la referencia a la *democracia soviética*.

En la práctica, estas libertades constitucionales no pudieron ser ejercidas por los ciudadanos soviéticos durante el periodo estalinista. Antes al contrario, desde que Stalin se adueñó del poder eliminando toda resistencia a su autoridad, los mecanismos de control de la población y de represión de toda discrepancia alcanzaron un inusitado desarrollo. El aspecto más visible del establecimiento de un régimen totalitario fue la persecución de todos los que se habían resistido a las nuevas medidas de política económica, como los *kulaks*, los *nepmani* o miles de campesinos y obreros industriales acusados de sabotadores de la producción. En 1933 casi un millón de ciudadanos soviéticos estaban recluidos en campos de trabajos forzados y colonias de la OGPU («Dirección Política Unificada del Estado», nuevo nombre de la policía política), y varios millones más se encontraban en prisiones, campos de deportación y áreas de asentamiento forzoso. A estas primeras medidas represi-

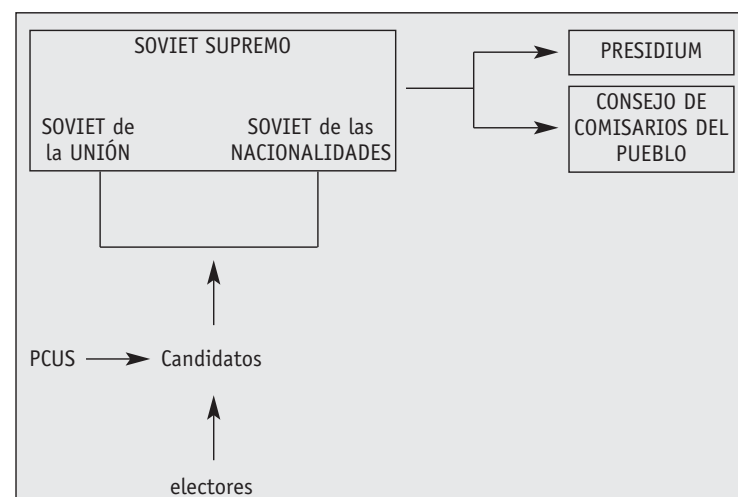


Figura 12.6 Constitución de la URSS, 1936

La Constitución de 1936 diseñaba un Estado federal, cuyo máximo poder residía en el *Soviet Supremo*, especie de Parlamento bicameral compuesto por el *Soviet de la Unión* y el *Soviet de las Nacionalidades*, y elegido por los ciudadanos a partir de las candidaturas propuestas por las organizaciones del PCUS. El Soviet Supremo nombraba al *Presidium*, cuyo presidente era el jefe del Estado, y al *Consejo de Comisarios del Pueblo*, o Gobierno de la URSS.

vas siguieron las depuraciones en el seno del partido, del Ejército y la Administración pública: sólo de enero a septiembre de 1937 fueron purgados más de la mitad de los presidentes y más de las tres cuartas partes de los secretarios de los comités centrales de los sindicatos, y más de un tercio de los directores y técnicos. En la represión destacaron los tres grandes procesos de Moscú de 1936-1938, que afectaron a viejos líderes bolcheviques —como Zinoviev, Kamenev o Bujarin— y a altos cargos militares, como el mariscal Tugahevski; todos ellos fueron condenados a muerte después de haber sido obligados a firmar confesiones en las que se inculpaban de delitos contra la revolución (como espionaje, sabotaje, complot, creación de grupos trotskistas o conspiración con el fin de restaurar el capitalismo).

De acuerdo con las cifras oficiales, en los años 1937 y 1938 fueron ejecutadas 681.692 personas, aunque se calcula que la cifra de fallecidos como consecuencia de la represión —de los malos tratos, el exceso de trabajo o los pelotones de fusilamiento— pudo llegar al millón y medio. En 1939, cuando la oleada represiva había disminuido, casi tres millones seguían presos en las distintos establecimientos de trabajo forzado: en las prisiones, los campos de trabajo, las colonias de trabajo y los «asentamientos especiales».

Con los procesos a los viejos bolcheviques y las depuraciones en las instituciones públicas Stalin eliminó toda posible alternativa a su propio poder, al tiempo que con las detenciones masivas consiguió crear un clima de terror que anulaba toda resistencia a las nuevas medidas de política económica, y en general cualquier posible manifestación de descontento. Pero la política represiva tenía también consecuencias negativas para el funcionamiento del régimen. Las purgas en las fuerzas armadas desorganizaron la defensa de la URSS en un periodo de fuertes tensiones internacionales, que acabarían desembocando en la Segunda Guerra Mundial; a la vez, las detenciones de funcionarios de los organismos económicos dificultaron el desarrollo de la producción industrial, y la depuración de los cuadros del

partido, los sindicatos y los gobiernos locales socavó el funcionamiento político y la coordinación administrativa del Estado.

El totalitarismo estalinista afectó igualmente a la vida social y cultural, en la que se abandonaron las propuestas innovadoras del periodo inicial de la revolución. Así ocurrió en terrenos como la sexualidad —en 1936 se restringieron los derechos, antes reconocidos, de divorcio y aborto— o la educación, con el restablecimiento de un sistema escolar conservador, centrado en la alfabetización y la enseñanza técnica. Las distinciones entre la «ciencia burguesa» y la «ciencia proletaria» (de las que fue un claro testimonio el respaldo oficial a las concepciones biológicas de Lysenko, opuestas a las leyes de la herencia de Mendel) condujeron al sometimiento de la investigación científica a directrices políticas, al mismo tiempo que la imposición del «realismo socialista» impedía toda innovación estética y reforzaba el papel didáctico y propagandista de las obras de arte. La propia doctrina marxista se vio reducida a una serie de dogmas elementales e indiscutibles, codificados por el propio Stalin en su obra *Los principios del leninismo* (1924), mientras de la historia oficial del PCUS se eliminaban los personajes enfrentados a Stalin y se magnificaba el papel desempeñado por éste.

8. Las repercusiones internacionales de la Revolución Rusa

En el planteamiento de Lenin, la Revolución Rusa estaba destinada a ser el punto de partida de un movimiento revolucionario que se extendería por todo el continente europeo. Durante los tres años siguientes, los acontecimientos parecían darle la razón. La protesta contra la guerra y las esperanzas suscitadas por la revolución fueron estímulos poderosos para el estallido de movimientos populares en muy diversos países europeos. En enero de 1918 hubo una oleada de huelgas políticas y manifestaciones antibelicistas por toda la Europa central. A comienzos de 1919 tuvo lugar en Berlín la revuelta del grupo *espartaquista*, pronto derrotada, a la que siguieron otros levantamientos en diversas ciudades alemanas. En el nuevo estado de Hungría, fruto de la división del Imperio austro-húngaro, en marzo de 1919 se estableció una república socialista encabezada por Bela Kun, que decretó la nacionalización de la banca, la industria y los transportes; pero en julio fue liquidada por las tropas rumanas. En Finlandia, que acababa igualmente de conseguir su independencia, entre enero y marzo de 1919 se produjo una auténtica guerra civil, en la que los comunistas (los *rojos*) resultaron finalmente derrotados por los *blancos*, con la ayuda de tropas alemanas. En Italia, en 1920 tuvo lugar una oleada de ocupación de fábricas metalúrgicas; e incluso en un país neutral como España hubo importantes protestas campesinas y huelgas urbanas de gran intensidad durante el llamado «trienio bolchevique» (1918-1920).

Pero en 1920 había comenzado ya el reflujo de la marea revolucionaria tras la derrota de estos movimientos radicales y el fracaso bolchevique en la guerra contra Polonia (aunque todavía en 1923 habría un nuevo conato de revolución en Alemania). Los Estados europeos consiguieron superar la amenaza gracias a una mezcla de concesiones a las demandas populares y de medidas represivas contra los grupos revolucionarios. En los nuevos Estados independientes se establecieron regímenes parlamentarios, a veces de corta duración; y tanto en ellos como en el resto de los Estados europeos se reconoció el sufragio universal masculino y también femenino (con alguna excepción como Francia, que sólo en 1945 concedió

el voto a las mujeres). Se aprobaron además medidas de reforma social, como la jornada de ocho horas, reivindicada durante décadas por las organizaciones obreras; y en algunos países de Europa central u oriental, como Hungría, Checoslovaquia, Rumania o Finlandia, se llevaron a cabo reformas agrarias y se repartieron entre los campesinos pobres las tierras expropiadas a los grandes propietarios.

Una vez agotado este ciclo revolucionario, las repercusiones más importantes, y de más larga duración, de la Revolución Rusa se produjeron en el seno del movimiento obrero internacional. Durante los años de la guerra, y en oposición a las actitudes belicistas de los principales partidos obreros europeos, Lenin había anunciado ya la necesidad de organizar una nueva Internacional, pacifista y revolucionaria, para sustituir a la Internacional Socialista, que a su juicio había entrado en una crisis irreversible. Tras el triunfo en Rusia, en 1919 comenzó la organización de una *Tercera Internacional*, a la que pronto se sumarían los núcleos radicales de los partidos socialistas y las organizaciones anarcosindicalistas de muchos países europeos.

La *Internacional Comunista* nació, por consiguiente, con un declarado carácter revolucionario, en oposición a la moderación y el reformismo de la Segunda Internacional. Su objetivo máximo era «el derrocamiento revolucionario del capitalismo» y el establecimiento de repúblicas soviéticas, al estilo de la implantada en Rusia, que llevarían a cabo «la expropiación de la burguesía y la socialización de la producción». En su segundo congreso, celebrado en el verano de 1920, se aprobaron los requisitos que debía cumplir toda organización que quisiera integrarse en ella. Las veintiuna condiciones incluidas en dicho texto recogían muy duras exigencias, justificadas por la creencia en la proximidad de la revolución y por la correspondiente necesidad de evitar que los partidos comunistas que debían protagonizarla cayeran en manos de los sectores reformistas. Se impuso así una organización rígidamente centralizada, tanto en el terreno internacional —las decisiones de la Internacional Comunista tenían que ser acatadas y puestas en práctica por todos los partidos miembros de la misma— como en cada uno de los partidos miembros, que debían regirse por «una disciplina de hierro, similar a la disciplina militar». La Internacional reclamó además un apoyo sin reservas a las repúblicas soviéticas ya constituidas, en especial ante los intentos de invasión por las tropas de los países europeos.

La creación de la nueva Internacional y las exigencias mencionadas trajeron consigo una nueva escisión en el seno del movimiento obrero. En todos los países surgían partidos comunistas, que en algunos casos (como Alemania o Francia) arrastraron tras sí a un gran número de antiguos miembros de los partidos socialistas, mientras en otros países quedaban reducidos a minorías poco eficaces. Salvo en España, donde el anarcosindicalismo mantuvo sus posiciones tradicionales, la nueva Internacional consiguió también el apoyo de amplios sectores del anarquismo de preguerra, atraídos igualmente por el éxito de la revolución social y el rechazo de la moderación socialista.

Por su parte, los sectores fieles a la doctrina y a las formas organizativas de preguerra —en especial, los laboristas ingleses y los socialistas mayoritarios alemanes— impulsaron la reconstrucción de la Internacional Socialista, en cuyos congresos se adoptó una clara actitud crítica frente a la revolución bolchevique y a los intentos de extenderla al resto de Europa. Aunque este sector seguía preconizando la desaparición del sistema capitalista y el establecimiento del socialismo, no pretendía lograrlo a través de una revolución violenta, sino que confiaba en el triunfo electoral una vez que el proletariado fuera la mayoría de la